

Hasta el último momento...

“MANTENTE FIEL HASTA LA MUERTE, Y YO TE DARÉ LA VIDA COMO PREMIO” (APOC. 2:10, DHH).

El 16 de marzo de 2020, los aproximadamente 39.000 habitantes de Curuçá, Estado de Pará (Brasil), se sorprendieron con la llegada de la pandemia por coronavirus. Poco a poco, la enfermedad se extendió y el pánico se apoderó de los residentes. A medida que aumentaba el número de fallecidos, el miedo en el corazón de las personas parecía consumir las esperanzas de la feliz comunidad. En medio de calles desiertas y puertas cerradas, los miembros de la Iglesia Adventista entregaron comida a familias necesitadas, medicamentos y consuelo para los afligidos.

Entre los miembros fieles estaba Manoel de Campos, casado con Elza María. Durante mucho tiempo, esta pareja estuvo apartada de la iglesia, pero en mayo de 2018 Manoel, a la edad de 85 años, había decidido entregar su vida a Cristo.

Dos años después, Manoel cayó enfermo y, debido a las limitaciones de su edad, su estado de salud empeoró cada día. Pero el corazón de este hombre de Dios no estaba cargado de miedo ni ansiedad, sino de esperanza y fe. Cuando finalmente fue necesario enviarlo al hospital en la capital del Estado, y seguro de que no podía contar con la compañía de su familia, entre palabras de aliento, tuvo cuidado de decirle a su preocupada esposa: “Cariño, en caso de que Dios no permita que regrese, por favor no olvides llevar mi diezmo y mis ofrendas a la casa del Señor tan pronto como regresen los servicios”. Estas no serían sus últimas palabras, pero ciertamente fue su último acto de fidelidad en ese aspecto. Días después, Manoel falleció.

Tan pronto como las autoridades locales decidieron reabrir los templos, doña Elza se levantó temprano ese sábado y, antes de salir de casa, recordó la solicitud de su esposo de que no olvidara su último diezmo. Doña Elza decidió, una vez más, prepararse para el regreso de Jesús, cuando podrá volver a ver a su amado esposo.

“A fin de que nosotros seamos felices, debemos vivir para hacer felices a otros. Será para nuestro beneficio ceder nuestras posesiones, nuestros talentos y nuestros afectos en devoción agradecida a Cristo, y encontrar así felicidad aquí y en la gloria inmortal del más allá” (*Testimonios para la iglesia*, t. 3, p. 277).